

© 1900-1901 IAI. All rights reserved.



MELANIA,

por
Renato DUBREUIL

Melania era una asilada de la Asistencia Pública, en Rozoy, y desde los doce años se fué a servir en la casa de los señores Maqueron; pero en cuanto tuvo veinte años, reunió sus ahorros, dijo adiós sin emoción a los señores Maqueron y tomó el tren para París.

A quienes le preguntaron qué iba a hacer, les contestó:

—Voy a ponerme en condiciones.

Algunos meses después se supo por una sirvienta a quien había escrito que Melania se había colocado, de criada para todo, en la casa de un viejo rentista del bidecar de Batignolles.

Transcurrieron cinco años.

Y he aquí que, súbitamente, Melania volvió a Rozoy; pero no era la Melania de antes.

Era, ciertamente, tan poca agraciada como siempre; pero suplía la falta de belleza con un lindo y una abundancia de alhajas sorprendentes. Melania llenaba ahora todo el país con su persona. Generosa con exceso, derrochaba el dinero de tal suerte, que arraigaba en todos los cerebros la idea de que todo el mundo hacia fortuna en París.

Melania tenía fortuna, en efecto. Ahora bien: cuando se la interrogaba

respecto al origen de su repentina riqueza y su magnitud, guardaba discreto silencio. Con sus reticencias se podía sospechar que había asistido a los últimos días felices de un personaje cualquiera, el cual se había mostrado reconocido al morir.

Al cabo de algunas semanas, Melania exteriorizó su deseo de casarse; ya entonces bullían a su alrededor los pretendientes, atraídos por su lujo y por sus joyas. Entre aquellas figuraba el señor Croquepot, viejo jefe de los gendarmes del cantón.

Era Croquepot un buen hombre; conocía París por haber habitado allí cuando era joven, y llevaba el uniforme con abandono galante, a pesar de la severidad de sus funciones, que le hacía parecer un don Juan.

Este fué el que agradó a Melania. Se hubiera dicho que experimentó como una secreta atracción por el jefe de Gendarmería, que representaba en el cantón toda la majestad de la justicia.

Desde luego, Croquepot, antes de

comprometer su palabra, exigió de su prometida algunas pormenores respecto de su situación económica, que le satisficieron totalmente. La fortuna existía, y estaba en la casa de Melania en buenas valoraciones, mejoras billetes y brillantes joyas. Además, Melania no era la asilada de antes, sino una señora a quien el señor Bocin, alcalde y antiguo notario, saludaba quitándose el sombrero.

El matrimonio se hizo con gran suavidad. Hubo una alocución emocionante del alcalde. Se bebió, se bailó. El edificio de la brigada de gendarmes estaba todavía adornado con farolillos venecianos, atenciones de los gendarmes por su jefe, cuando llegó un telegrama oficial dirigido al recién casado.

Era del procurador general de la República.

A las diez de la mañana, cuando Croquepot bajó a su despacho, los ojos perezosos, abrió con un gesto cansado el telegrama:

Apenas había leído unas líneas Croquepot, se le cayó de las manos el

papel. Se secó la frente, por la que corrían gruesas gotas de sudor. Y después quedó un momento inmóvil, meditabundo.

Pocos momentos después cogió un revólver de ordenanza que colgaba de la pared. Vió si funcionaba y subió a sus habitaciones particulares.

Un guardia que estaba de centinela oyó en seguida dos detonaciones, espaciadas algunos segundos.

Subió presuroso al alojamiento de Croquepot... La puerta estaba abierta; pero el guardia retrocedió estriñendo: los cadáveres de Melania y de su marido estaban en el suelo, y a su lado un revólver y un papel amarillo.

El gendarme cogió el papel y leyó:

"Se ordena al jefe de la brigada de Rozoy que detenga a la persona hija de Melania Bourin, de veintiséis años, autora, según los informes, del asesinato, en París, de la señora Bredus, rentista, y del robo de importante cantidad. La detenida deberá ser conducida bajo su escolta a la prisión del partido judicial. Se me dará cuenta del servicio por telégrafo. El procurador. Firmado. Illegible."

El gendarme pensó:

—Vaya un negocio!

El problema de las anguilas

Con ser tan conocida, la anguila es uno de los animales que más han dado que hacer a los naturalistas.

Todo el mundo sabe que estos peces de forma serpentina y exquisita carne se encuentran en los ríos, pero nadie sabía hasta ahora de dónde venían ni adónde iban; unos se pescaban al remontar las corrientes, otros al bajar con ellas, pero siempre cerca del mar. En cuanto a su manera de reproducirse, era un misterio, nadie había visto freza de anguilas, y no faltaba quien empezase a sospechar

que estos peces eran viviparos. Nada menos que 280 años antes de nuestra Era, Aristóteles, en su obra sobre la "Generación de los animales", afirmó que nacían del fango, y el célebre Plínio, por su parte, sosténía la hipótesis de que la anguila, frotándose contra las rocas, se despedazaba, convirtiéndose con el tiempo cada pedazo en una nueva anguila. Autores más modernos creyeron que las cerdas de embollo, echadas al agua, se transformaban en anguilas; que éstas nacían del rocío de mayo condensado, o de los cadáveres de los perros y gatos que se tiran al agua, y en época tan reciente como el año 1862, un inglés llamado Cairncross publicó un libro para demostrar que la anguila nace del escarabajo de agua.

Gracias a los estudios de un erudito danés, el doctor Schmidt, se conocen ya hechos ciertos acerca de la cuestión, y tan absurdas hipótesis pueden combatirse con fundamento más sólido que la simple incredulidad.

Las anguilas son con razón denominadas pescados de río, pues en efecto pasan varios años seguidos en agua dulce, pero cuando la naturaleza les reclama su tributo para la reproducción de la especie, bajan al mar, y si en el camino no las detiene alguna red traidora, llegan hasta bastante lejos de la costa. Allí descienden a grandes profundidades, ponen su freza y, probablemente, mueren una vez cumplida esta misión. Por lo menos, parece demostrado que no vuelven jamás al río en que antes vivieron.

De aquella freza salen las anguilas jovencitas, las larvas, tan diferentes de sus progenitores, que hasta hace poco nadie había pensado que pudieran ser animales de la misma especie. Se las consideraba como peces muy distintos, bajo el nombre de "leptocéfalos". Son animalillos transparentes, de cerca de ocho centímetros de

longitud, con la cabeza muy pequeña y el cuerpo muy grueso; pero en cosa de ocho meses (desde abril a noviembre) verificase en ellos una curiosa transformación; el cuerpo disminuye de volumen y asume gradualmente la forma serpentina, y el pequeño animalito va tomando el aspecto propio de las anguilas, aunque todavía transparente y de pequeño tamaño. Durante esta transformación, pierde un setenta y siete por ciento de su primitivo peso. Para adquirir el tamaño que le da valor en el mercado, tienen que pasar por lo menos seis años.

El gran criadero de anguilas, el foco, digámoslo así, de donde salen la mayor parte de los leptocéfalos que, transformados en verdaderas anguilas, pueblan luego los ríos de toda Europa, está en el Atlántico, frente a la entrada del Canal de la Mancha. Desde allí, bajan estos peces a repartirse por los ríos de Francia y de Portugal, o suben a Inglaterra e Irlanda, mientras otros, pasando el Canal, llegan a Alemania, Holanda, Escandinavia y Rusia, y un número no despreciable penetra en el Mediterráneo por el estrecho de Gibraltar.



—Una vez vi un caballo con una pata de madera.
—¿Dónde?
—En las calesitas.

MOTIVO SENTIMENTAL

Con palidez ilesa de santa de vidriera
gótica, en esa tarde de dulce primavera,
me recibiste, llena de asombro la mirada,
y ¡oh, cuánto me dijiste quedándote callada!

Tus ojos, igual dos raras visiones de leyenda,
clavaron en mi espíritu su firme reprimenda,
y al lírico presagio de tu íntima tortura
temblaron mis andacías, como una criatura...

Después... "Tú no me quieres, pues que me pides eso"
con un murmullo leve, de suavidad de rezo,
dijeron tus dos labios divinos de emoción...

Y fué enando yo supe, virtud de tu reproche,
que en medio de las sombras de mi profunda noche,
velaba, como el tuyo, también mi corazón!

Manuel Cuspí Gómez

La Plata

